



“Ángeles del Rock”

Una versión sobre las víctimas de Cromañón

Anabella Rodríguez
anbellarz@gmail.com

Universidad Nacional de Buenos Aires
Universidad Nacional de Lomas de Zamora | Argentina

“Ángel de la soledad y de la desolación / preso de tu ilusión, vas a bailar...”

(Un ángel para tu soledad. Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota)

El 30 de diciembre de 2014, la banda de rock Callejeros daba un recital de cierre de año en el microestadio porteño *República de Cromañón*. Ese año el grupo había editado su álbum *Rocanroles sin destino* con un fuerte éxito y masificación mediática. Convocaron alrededor de 4500 personas pese a que el estadio estaba habilitado para 1031. Apenas comenzado el recital, un espectador encendió una bengala dentro del lugar, que impactó en la tela *mediasombra* del techo provocando un incendio. Los gases tóxicos de los materiales inflamables, la falta de señalización de las salidas de emergencia, el bloqueo de las mismas y la apertura hacia *adentro* de la única puerta sin candado provocó la muerte violenta de 194 personas (en su mayoría, jóvenes). Desde esa noche, familiares y amigos de las víctimas se nuclearon en lo que dio en llamarse “Movimiento de Justicia por Cromañón”, espacio social heterogéneo que aunó a padres y amigos de las víctimas fatales, y a sobrevivientes en un mismo reclamo. Rápidamente, los medios se hicieron eco de lo sucedido en Cromañón. Las características de los hechos (el incendio, las irregularidades municipales en la habilitación del lugar, la cantidad de víctimas, la edad de las mismas, y hasta el “tipo” de jóvenes –sus prácticas, su escucha, sus

identidades, su ropa, etc.-) lo hacían un acontecimiento altamente *noticiable* (Borrat, 1994). En este trabajo interesa especialmente atender a las representaciones mediáticas que se construyeron sobre las víctimas en términos de “jóvenes desinteresados/irresponsables”, y cómo los reclamadores ofrecieron una visión alternativa mediante la apelación a la figura del “ángel del rock”. Creemos que –aunque de signo contrario– ambas caracterizaciones negativizan la identidad y las prácticas de estos jóvenes, mediante la simplificación y la hiperbolización de ciertos atributos. Extrapolando a Chávez (2005: 11) diremos que

estos discursos quitan agencia al joven o directamente [lo] invisibilizan como actor social (...) Operan como discursos de clausura: cierran, no permiten la mirada cercana, simplifican y funcionan como obstáculos epistemológicos para [su] conocimiento (...). Desde la representación negativa o peyorativa del joven, como de su aparente extremo opuesto, la representación romántica de la juventud, son miradas que niegan.

Los jóvenes de Cromañón: ¿Víctimas o culpables?

“Por ciego, por vicio/ por bobo, por vivo...”

(Dos Secas – Don Osvaldo)

Saintout (2013) sostiene que los medios construyen una tipología tripartita sobre los jóvenes, en la cual son pensados como jóvenes exitosos, jóvenes desinteresados y jóvenes peligrosos:

- 1) los jóvenes exitosos responden a los modelos hegemónicos de belleza. Sus problemas son puramente subjetivados, sin referencia al entorno sociopolítico e histórico.
- 2) los jóvenes desinteresados son presentados como apáticos, individualistas, distanciados de las problemáticas sociales, perdidos en un ocio eterno y por tanto, proclives al descontrol. Aunque generan inquietud social, se los considera plausibles de ser rescatados mediante más control social.
- 3) los jóvenes peligrosos son construidos como tales sobre el trasfondo del discurso de la seguridad ciudadana. Aterrorizan, no sólo incomodan y la única solución para ellos es extirparlos del espacio público. No son recuperables.

En relación a Cromañón, los noticieros rápidamente construyeron la figura de un “joven desinteresado” muy particular: el “rolinga”. Este “tipo de joven” (que aparecía novedoso a la mirada de los adultos y potencialmente demonizable ante los ojos de los medios) escuchaba

rock barrial (un subgénero del rock considerado menor por las bandas del establishment local como Divididos, La Renga, etc.); vestía jean y zapatillas Topper, usaba flequillo “Stone”, solía llevar a sus hijos y/o hermanos a los recitales, integraba en el rock los códigos del fútbol: las banderas, las bengalas y el “aguante”; y el dato tal vez más irritante: esos jóvenes provenían tanto de los cordones pobres del conurbano bonaerense como del corazón de las clases medias urbanas ilustradas; *el rock los igualaba y los hermanaba*. Un dato encendió el pánico moral (e inflamó el imaginario social hasta el presente): el incendio había sido iniciado por una conducta imprudente de los propios jóvenes. Tras lo sucedido, se llevó adelante una causa judicial contra el gerente, la banda y los inspectores municipales que habilitaron el estadio. De allí, surgió la hipótesis de que un joven encendió una candela que provocó el incendio. Pero el detalle es que no había sido una conducta aislada. Cromañón puso sobre el tapate una práctica habitual de estos jóvenes: el uso de pirotecnia en lugares cerrados. Apenas unos días después de la tragedia se conoció una entrevista radial al baterista de Callejeros, hablando sobre los recitales de diciembre de 2004.

-“*¿Muchas bengalas?*, preguntó el entrevistador Juan Di Natale.

-“*Muchísimas bengalas. Fueron la frutilla de la torta*”¹¹.

La conclusión mediática fue fácil: los jóvenes habían provocado su propia muerte. Apenas unos días después del incendio, aparece una nota de Clarín firmada por Pablo Sirvén, en la que se aprecia una cadena significativa que enlaza al totalitarismo con el fútbol y el incendio de Cromañón:

Nerón y los nazis tenían pasión por el fuego. Vaya a saber por qué el fútbol vernáculo se siente alegre cada vez que enciende una mecha (...) Metáfora de ciertas desmesuras argentinas de los últimos años, las bengalas prometen alegría, pero esconden desgracia. Hay quienes creen que, tras la tragedia del jueves, nadie se atreverá a volverlas a prender. Pero, ¿alguien se acordó el jueves, antes de encender la primera mecha, de la chica que murió en 1992 con uno de estos artefactos incrustados en el cuello en Mundo Marino? (Clarín, 2 de enero de 2005).

El proceso de estigmatización social sobre las víctimas de Cromañón (y sus familiares) apenas había empezado.

La noche que se desató el incendio de Cromañón la jueza de la causa, y luego la prensa, pusieron a rodar un mito: que en Cromañón funcionaba una guardería en el baño. Efectivamente, los jóvenes “rolingas” llevaban a sus hijos y hermanos a los conciertos de rock

(porque no tenían donde dejarlos como porque disfrutaban de compartir juntos el recital, iniciarlos en el conocimiento del mundo del rock, etc.) y en particular, la noche del 30 de Diciembre muchos empleados del microestadio habían ido a trabajar con sus hijos; pese a ello, y como se probó en la causa, en Cromañón no funcionó ningún tipo de guardería formal ni informal. Sin embargo, la revista Gente del 2 de enero de 2005 publica:

La jueza [María Angélica Crotto] se puso los guantes de látex y recorrió metro a metro, palmo a palmo, cada baldosa, corredor, escalera, baño y rincón del boliche. ¿Cómo se podía hacer una guardería en este lugar? ¡Un baño! ¡Y en medio de un recital de rock! , decía indignada.

Es decir, esta forma de ser familia de los jóvenes fue nombrada por los medios como el extremo de la irracionalidad: la prensa no solo los convirtió en jóvenes desinteresados (Saintout, op. cit.), sino aún más específicamente, en jóvenes padres y madres irresponsables. "No entiendo en qué cabeza cabe traer a un chiquito a una discoteca, y encima en un baño, que está todo sucio", se indignó una vecina, Marta, de 63 años (La Nación, 2 de Enero de 2005). De a poco, la desaprobación social se amplió de las víctimas a sus padres. A poco más de un año del incendio, Van Der Kooy escribía en Clarín:

Resta también una mirada introspectiva de muchos **padres que toleran hábitos o conductas sociales que demasiadas veces derivan en desgracias**. Quizás no sea momento de pedírsele a aquellos sumergidos en el dolor irreparable” (la negrita es mía).

Tal como señala Palazzo (2013), la dicotomía ideológica que –en relación al suceso Cromañón– polariza a los sujetos entre Nosotros y Ellos

se construye en estrecha relación con la temática social noticiable, es decir, con el contexto. El Nosotros lo conforman la sociedad, los comentaristas y también los jóvenes “responsables” que están implicados en el discurso. Aquí se construyen como autoridad moral con capacidad para mostrar y condenar las malas acciones de los participantes de la tragedia. Los Otros son los padres de los jóvenes que asistieron al boliche, los jóvenes que llevaron a sus hijos pequeños. Sus principales malas acciones son tirar bengalas (a pesar de la supuesta prohibición) y dejar a los niños en los baños mientras durara el recital. El accionar condenado en los padres de los jóvenes fallecidos consiste en desconocer a dónde estaban sus hijos, o bien sabiéndolo, consentir su presencia en ese lugar” (op. cit.: 58-59).

Aún más extremo que la prensa, Omar Chabán (gerente de Cromañón y principal acusado en la causa) sostuvo en el juicio: ¿Los padres no tenían que saber que a **sus hijos les gustaban las bengalas** y concurrían a recitales en los que se arrojaban bengalas? ¿Acaso ellos no son responsables de la tragedia porque sus hijos usaban bengalas?”².

José Iglesias (padre de una de las víctimas fatales, líder de una de las cinco asociaciones de Familiares y abogado querellante en el juicio) contestó: “**Ninguno de los fallecidos y los sobrevivientes tiró bengalas**. Suponiendo que fueron tres o nueve personas, ahí hubo 194 muertes y esa noche hubo cinco mil personas” (las negritas son mías). Aunque intencionadas e interesadas, retomo estas dos declaraciones porque en ellas puede observarse la construcción –a la máxima potencia– de identidades enfrentadas en términos de “todo o nada”: ¿alguien tiró bengalas, o nadie tiró bengalas? ¿Todos son responsables o nadie es responsable? La disputa por la memoria de las víctimas puede resumirse en ambas posiciones: dicotómicas y hasta antagónicas, como las imágenes que los diferentes actores sociales involucrados han ofrecido sobre los jóvenes damnificados. Sin embargo, éstos no pueden ser *víctimas* y *victimarios* a la misma vez; se impone definirlos.

Los ángeles del rock. Una memoria encuadrada

“...los partisanos mueren, nunca matan”

(Alessandro Portelli)

Debido a la polémica que despertó el caso, el movimiento Cromañón necesitó ofrecer a la sociedad un arquetipo que (re)presentara a las víctimas modélicamente y que fuera capaz de generar una adhesión colectiva, sin fisuras y sin objeciones. Parafraseando a Portelli (1998) podríamos afirmar que “*los jóvenes de Cromañón mueren, nunca matan*”... *ni tiran bengalas*: así, toda práctica reprobada de las víctimas debe ser silenciada en la construcción de una memoria encuadrada sobre ellos.

Hasta 2014 en el espacio en el que sucedió el incendio (y sus alrededores) se mantuvieron dos memoriales paralelos (a veces en tensión, a veces complementarios): uno, el Santuario, levantado espontáneamente por familiares y transeúntes. Otro, la Plaza de la Memoria, construida al lado del Santuario por el Gobierno de la Ciudad con el objetivo de reemplazarlo y reactivar la circulación del tránsito (ese tramo de Mitre permaneció cerrado durante diez años). Una gran parte de los familiares de las víctimas se opuso tenazmente a reabrir la calle al tránsito, y más aún a retirar el santuario. Actualmente se mantienen ambos espacios pero

integrados y Mitre fue reabierta a la circulación peatonal, mientras que para la de automóviles se creó una arteria nueva en paralelo.

Mis notas de campo del año 2008 dan cuenta de la presencia de dos carteles significativos (que permanecieron en el tiempo):

- 1) El Santuario de Cromañón tiene una leyenda en el frente, que reza: “el santuario de nuestros ángeles del rock 30-12-04 nunca más cromañón”.
- 2) En la Plaza de la Memoria se lee justo antes de entrar: “En memoria de los 194 ángeles masacrados en Cromañón seguimos pidiendo justicia y verdad para que descansen en la paz que se merecen”.

Ambos espacios coinciden en la apelación a una figura retórica para nombrar a los jóvenes muertos: son los “ángeles del rock” y/o los “ángeles masacrados”. Frente al visitante (en particular), y de cara a la opinión pública (en general), estas consignas operan en conjunto la transformación de las víctimas en seres sagrados: es decir, en “Ángeles del Rock”. No hay ningún tipo de extrañeza frente a esta figura ya que, como sostiene Martins de Freitas (2003): “cuando [la muerte] se da de un modo socialmente considerado [como] disruptivo, esa muerte, como acontecimiento, y esos muertos, son generalmente conceptualizados en categorías aparte”. El Ángel del Rock reelabora de este modo la figura individual del joven injustamente muerto en Cromañón, y lo reubica en una dimensión sobrehumana y colectiva de víctimas - mártires.

Al mismo tiempo, la figura del Ángel del Rock se asocia a una biografía mínima de cada víctima que se instrumentaliza a través de un puñado de elementos claves: una imagen fotográfica única, asociada a datos personales acotados: nombre, apellido, edad y/o fechas de nacimiento y de muerte; alusión al rol familiar que cumplía en vida: hijo, padre, etc.; exaltación de alguna virtud de la víctima, como el heroísmo, la condición de buen amigo, o buen hijo, etc. Algunas veces, además, se alude al fanatismo de la víctima por un equipo de fútbol o por un grupo de música, o a su origen barrial (por ejemplo, a través de los colores que rodean la fotografía, frases, símbolos, etc.). Los ítems de esta biografía mínima dejan de lado todas (o casi todas) las cuestiones que resultan conflictivas a nivel de la opinión pública, como por ejemplo el uso de bengalas. Con la categoría *Ángel del Rock* se dejan de lado aspectos de las víctimas que podrían considerarse inadecuados para el mensaje que el Movimiento por Cromañón pretende dar, y se subrayan otros, de corte más humanitario, englobantes y capaces de generar adhesión emocional (como el sufrimiento del cuerpo, por ejemplo). Por ello, se deja de lado la presentación de las víctimas en su calidad de *agentes* con prácticas culturales *reales* –tales como la pirotecnia, el rock “barrial”, la asistencia a recitales, su intrínseca condición de

jóvenes, entre otras-, en tanto que estas prácticas han sido fuertemente estigmatizadas en la opinión pública a partir del incendio. Al contrario, se los presenta como: seres sagrados, seres heroicos, víctimas sufrientes, mártires, etc. Esa misma transformación puede rastrearse en el Documento leído por los familiares en Plaza de Mayo al cumplirse seis meses del incendio³: “Una vez más, aquí se ha matado por dinero; y una vez más, nadie ha muerto por dinero: muchos que han sido asesinados por dinero **han muerto por justos, por humanos, por amor: estuvieron dispuestos a morir por rescatar a otros**” (la negrita es mía). Efectivamente, como señala Conde, Cromañón “se vuelve un hito en la serie que construye los héroes y los mártires de una generación” (2005:02). De esta manera, la figura normativizada del “Ángel del Rock” permea todos los relatos que se buscan transmitir a la vez que reclama la legitimidad de la(s) memoria(s) sobre los hechos, sobre las víctimas y sobre las circunstancias.

A modo de cierre. Inconclusiones

“Invisible fui / Invisible soy...”

(Los invisibles. Callejeros)

Hay un cantito que se entona en cada marcha por un nuevo aniversario de la tragedia. El mismo dice: “*Ni una bengala ni el rocanrol, a nuestros pibes los mató la corrupción*”. Creemos que esta consigna condensa todo el problema de la imagen de las víctimas de Cromañón (¿Arriesgados?, ¿Peligrosos?, etc.) en tanto discute las causas de la muerte (¿irresponsabilidad propia o inacción y complicidad del Estado?), pero también las actividades de las víctimas en vida (¿Bengaleros?, ¿Rockeros?, etc.), así como de quién es la responsabilidad de lo ocurrido (¿del sistema capitalista o de la juventud?). Además, determina quiénes pueden ser considerados víctimas legítimas, y quiénes no (los muertos, por ejemplo. No trataré este tema aquí por una cuestión de espacio).

Ángel del rock y *joven desinteresado/irresponsable* entran en disputa: ¿quiénes fueron en verdad las víctimas de Cromañón?: ¿ángeles o demonios? ¿Irresponsables o víctimas inocentes? ¿Capaces de provocar su propia muerte o capaces de dar la vida para salvar a otros? ¿Todo eso? ¿Nada de eso? ¿O todo junto? Y si este interrogante pudiera ser respondido –sin perder de vista la fuerte estigmatización social y mediática que soportaron las víctimas fatales, los sobrevivientes y sus familiares- ¿acaso queda espacio para reponer la dimensión sociopolítica de estas víctimas?

El “ángel del rock” es una respuesta a estas preguntas esenciales de un sector de damnificados, pero no es la única ni la verdadera ni la más profunda. Es apenas un relato

modelizado a través del cual el movimiento de Padres por Cromañón reelabora el perfil ambivalente de sus hijos, lo ennoblece y lo eleva a una dimensión sobrehumana. En virtud de ello, el carácter negativo que la pirotecnia tiene en el mundo adulto (en tanto práctica activa, peligrosa y reprobada) no ha encontrado hasta ahora espacio ni sentido, y por lo tanto ha quedado silenciada, negada y olvidada. Tal vez los sobrevivientes –en tanto grupo de pares– puedan algún día reponer en el espacio público las múltiples dimensiones de la identidad de quienes murieron en el incendio. Tal vez, simplemente, la muerte de unos y la salvación de otros haya roto para siempre la equivalencia de ambos. Aunque la figura del Ángel del Rock condensa virtudes positivas, tales como: juventud – inocencia – alegría – pasividad – pureza, etc., no deja de ser una idealización (de signo romántico) de las víctimas. En este sentido, esta figura es el paralelo en espejo de aquella otra condensación (de tono peyorativo) hecha por los medios y parte de la opinión pública: “*el joven rolinga que causó su propia muerte en un boliche de rock*”. Ambas desdibujan, invisibilizan, niegan a los jóvenes concretos que murieron en Cromañón. A éstos: a los que les gustaba tirar bengalas, y a los que no.

Bibliografía

Borrat, H (1994). El periódico, actor político. Barcelona: Gustavo Gili.

Conde, M. (2005) Cromagnón: las lógicas de los cuerpos y los discursos. En: Revista Argumentos, 5, junio de 2005

Chávez, M (2005) juventud negada y negativizada: Representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea. En Última Década N°23, Cidpa Valparaíso, Diciembre, PP. 9-32.

Palazzo, MG (2013). Discursos y representaciones sobre la juventud en la prensa: entre el futuro y la perdición. En: RILL Nueva época, Significación y Comunicación. Experiencias lingüísticas en Hispanoamérica, volumen 18, número 1, año 2013, INSIL, UNT, 51

Saintout, F. (2013) Los jóvenes en la argentina. Desde una epistemología de la esperanza. Editorial UNQ.

Material periodístico

“La peligrosa pasión por el fuego”. Diario *La Nación*, Pablo Sirvén, 2 de enero de 2005. Disponible en: http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=667953

“Otra vez la soledad política condenó a Ibarra en el momento culminante”. Diario *Clarín*, Eduardo Van der Kooy, 8 de marzo de 2006.

Disponibile en <http://edant.clarin.com/diario/2006/03/08/elpais/p-01001.htm>

“Vi sacar por lo menos cinco bebes muertos. En el baño había una guardería”. Diario *La Nación*, 2 de enero de 2005. Disponible en http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=667936

Notas

¹ Audio disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=-iaP6thRdDo>

² “Me convertí en el talismán del mal, dijo Omar Chabán”, Diario *La Nación*, 27 de Junio de 2009. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/1144202-me-converti-en-el-talisan-del-mal-dijo-omar-chaban>

³ “6 meses”, Movimiento por Cromañón, 30 de Junio de 2005. Disponible en <http://familiasporlavid.org/mese/35-mes/59-6meses.html>